
CIVILIZACION Y VIOLENCIA*

Norbert Elias

La civilización —el tema que me ocupa aquí— nunca está del todo finalizada y siempre corre peligro. Está en peligro porque mantener una postura civilizatoria en una sociedad requiere un grado de autodisciplina relativamente alto, y requiere también algo más: es necesario un alto grado de pacificación en la sociedad. Pero, a su vez, la pacificación interna de una sociedad está también en peligro. En peligro por las tendencias de la sociedad misma. De este antagonismo entre la civilización y la violencia, de cómo están relacionadas ambas, es de lo que les voy a hablar aquí, con especial hincapié en el contexto alemán.

Normalmente, a la hora de investigar el problema de la violencia se sigue un enfoque erróneo. Se pregunta, por ejemplo, cómo es posible que los seres humanos dentro de una sociedad cometan asesinatos o se conviertan en hombres y mujeres terroristas. Cuando en realidad la pregunta debería ser enfocada de otra manera, de manera opuesta: ¿cómo es posible que tantas personas convivan de manera —relativamente— tan pacífica, tal como ocurre en nuestra época en las grandes sociedades de los Estados de Europa, América, China y Rusia? Esto es digno de atención porque es insólito; es lo que se debería explicar. Nunca antes en la historia de la humanidad tantas personas, millones de personas, habían convivido de esta manera tan pacífica —es decir, excluyendo

* *Ästhetik und Kommunikation*, núm. 43, 1981, pp. 5-12. Conferencia dada en el Congreso Alemán de Sociología (Bremen, 1980). Traducción de Christine Löffler y Francisco Javier Noya.

la violencia— que podemos observar en los grandes Estados y ciudades de nuestros días. Lo primario es que, habiendo entrado en conflicto, estando enfrentado a alguien, odiando profundamente a una persona, los seres humanos arremetan los unos contra los otros, que se peguen o, incluso, que se asesinen. El problema es cómo convivir aunque todo esto siga existiendo: la ira de unos contra otros, el odio, el enfrentamiento, la rivalidad. Aunque el golpearse y el asesinarse ha pasado a un segundo plano como algo extraordinario. Como ustedes observarán, yo enfoco el tema de otra manera. Hoy día, la investigación se concentra en aquellos que ejercen la violencia buscando una explicación de por qué lo hacen. Mi enfoque es, por el contrario, el siguiente: ¿cómo se puede entender que podamos convivir tan pacíficamente? Entonces, y sólo entonces, se hace realmente necesario explicar por qué los hombres no se doblegan al canon de la pacificación, por qué los hombres no se doblegan al canon civilizatorio.

Bueno, al menos a primera vista, la respuesta a la pregunta de por qué convivimos de manera relativamente pacífica en el seno de vastas instituciones sociales es fácil. Ustedes seguramente ya tienen preparada una respuesta en su cabeza. Hay un determinado tipo de organización de las relaciones sociales que encausa nuestra convivencia por sendas relativamente pacíficas. El primero en expresarlo ha sido Max Weber con su idea de que los Estados se caracterizan por un monopolio de la violencia física. Esto significa, pues, que vivimos en una organización en la que los gobernantes tienen el control sobre un grupo detentador de una violencia organizada, legal, que está determinado a evitar la violencia ilegal en el resto de la sociedad. Quisiera añadir ahora que esta monopolización de la violencia, cuyo desarrollo intentaba seguir en la segunda parte de mi libro sobre el proceso de la civilización, es —si ustedes lo quieren entender de esta manera— una invención técnica de los hombres. Y es que en el mundo social existen inventos igual que en el mundo científico-técnico, aunque su desarrollo se lleve a cabo más bien sin planificación previa. Y de esta misma manera, sin planificación, es como se ha desarrollado esta monopolización de la violencia poco a poco a lo largo de los siglos, hasta llegar a la situación actual; y de seguro que ésta todavía no es la definitiva. Pues tales monopolios de la violencia física —representados por la policía y los ejércitos— son inventos humanos. Al igual que el fuego del que nos servimos para prepararnos la comida es, al mismo tiempo, un peligro o un medio de destruir una casa; al igual que, digamos, la energía nuclear, que, por un lado, puede sustituir al petróleo como fuente de energía y puede convertirse, por otro, en un arma muy peligrosa, igualmente el invento del monopolio de la violencia es un arma de dos filos. Sólo quisiera mencionarlo, sin profundizar. No puedo entrar más en este aspecto del problema, pero quisiera dejar constatado lo siguiente: se trata de un arma peligrosa para sí misma y de un instrumento peligroso de los seres humanos. Lo podemos ver en todas las dictaduras, donde el monopolio de la violencia es únicamente empleado para beneficio de determinadas minorías, de grupos muy concretos.

Todo lo anterior no impide que nuestro pacifismo en buena parte se base en esta misma institución, que está, a su vez, unida al monopolio fiscal. Sobre este tema se ha escrito mucho y no considero necesario añadir nada más al respecto.

La pacificación interior de la persona, el hecho de que a la mayoría de nosotros no se le ocurra iniciar una pelea aunque estemos muy enfadados, de que toda la estructura de nuestra personalidad esté orientada hacia la pacificación, tiene que ver en gran parte con los efectos de la estructura estatal de la sociedad. Toda la estructura de nuestra personalidad está vertebrada por ésta, y experimentamos cierto reparo o repugnancia, o cuando menos aversión, ante el uso de la violencia, y este proceso se ha ido desarrollando a lo largo de los años. En épocas anteriores —todavía en el siglo XIX—, en algunas clases sociales se tenía por perfectamente normal que un hombre pegase a su mujer; hoy día la conciencia de que un hombre no debe pegar bajo ningún pretexto a su mujer, o de que no debe pegar ni siquiera a sus hijos, se ha hecho más fuerte que en los siglos pasados. La pacificación se ha interiorizado, al igual que lo ha hecho la estructura de nuestra personalidad.

He hablado aquí de la peculiaridad de los Estados, del hecho de que entre sus instituciones centrales se cuente el monopolio de la violencia física, representado por la policía y el ejército. Expresado con otras palabras, esto significa que dentro de los Estados existen grupos violentos legales y grupos violentos ilegales.

Pero la situación se complica por el hecho de que en el ámbito de las relaciones entre los Estados no existe ningún monopolio de violencia. En lo que se refiere al nivel de las relaciones internacionales vivimos hoy básicamente igual que nuestros antepasados en el tiempo del llamado estado de naturaleza. Esto significa que todos miran recelosamente a su alrededor intentando conjugar el albur de que algún día les agreda un vecino más fuerte. No existe ningún poder de rango superior que pueda impedir que un Estado fuerte ocupe uno más débil, que se lo anexiona. Y es algo normal en las relaciones interestatales que los Estados fuertes se enzarcen en luchas constantes entre sí por el logro de la hegemonía en determinadas zonas. En parte porque viven en un miedo constante a que el otro poder pueda fortalecerse más. Y así es como surge lo que he llamado un «doble vínculo» (*Doppelbinder*), la escalada mutua del miedo y del temor: no existe ningún monopolio central que pueda impedir que alguien perpetre actos criminales —aspecto éste que regía en épocas anteriores también *dentro* de los Estados—. Se tenía miedo del vecino más fuerte físicamente; el más fuerte físicamente podía emplear su fuerza para robar, chantajear y esclavizar a los demás.

Acabo de hablar de una cesura curiosa que atraviesa nuestra civilización. Nuestra civilización, en el sentido de la humanidad —al emplear el término civilización parece como si la civilización estuviese hecha de una sola pieza, y esto no es así—, está en un escalón primitivo de la civilización —para decirlo así— en el interior de nuestra sociedad de Estados. Pero, de hecho, en nuestras

relaciones interestatales estamos en un escalón aún mucho menos civilizado. No porque seamos malos, porque los seres humanos sean malos, sino —y aquí precisamente hablo en mi calidad de sociólogo— porque hay que crear instituciones sociales para domar la violencia. Esto no llega por sí solo, sino que ocurre sólo bajo unas condiciones muy determinadas, y una de ellas ya la he mencionado aquí.

Déjenme que intente explicar lo que he dicho aquí de forma más bien general mediante unos ejemplos de la historia alemana, de la más reciente historia alemana.

Alemania: a veces creo que sería una tarea muy bonita escribir una biografía de Alemania —quiero decir que, al igual que en la evolución de un individuo, en el presente de una nación también siguen vivas las experiencias de tiempos anteriores—. Así, en el desarrollo y en los sentimientos de Alemania sigue vivo el hecho de que Alemania ha sido durante mucho tiempo un poder muy débil, bajo en la jerarquía de los Estados, y de que, por consiguiente, la población alemana se sentía humillada —quizás lo lean ustedes todavía en las explicaciones de los siglos XVII y XVIII si se fijan en qué medida se sentía que Alemania era débil frente a Francia, Inglaterra, Suecia y Rusia porque estaba dividida—. En esa biografía de Alemania se debería esbozar, entonces, cómo se formó la unidad a partir de esta debilidad —después del año 1870 y como Estado tardío— y cómo el péndulo se movió por el ímpetu hacia el otro lado; así se vio involucrada en la lucha por la hegemonía. Ya bajo el segundo Emperador se extendió la idea de que Alemania estaba llamada a convertirse en el superpoder de Europa —¡ya no bastaba con tener un gran poder!—. Alemania evolucionó siguiendo este movimiento de péndulo hacia el otro lado: desde la humillación hasta la elevación, hasta convertirse en una potencia muy importante. No conozco apenas ninguna potencia que resistiese la tentación de concurrir a esta lucha por la hegemonía, y casi todas se han visto derrotadas. En esta tesitura ocurrió algo que no se ha podido aclarar del todo hasta hoy día.

Naturalmente, en la época imperial la nobleza dirigió los destinos de Alemania siguiendo una fuerte tradición guerrera. Y la burguesía tuvo que presenciar cómo el ideal de la unificación de Alemania no le fue dado por sus propios esfuerzos, sino desde arriba, por medio de la nobleza guerrera. Y aquí sucedió algo muy curioso, de mucha importancia para los teóricos de la civilización. Partes de la burguesía alemana asimilaron el *ethos* de la guerra. Nunca como en aquella época se había hablado tanto del elogio del poder, del acto violento, incluso. Al haberse logrado la unificación por la vía de la guerra se llegó a la conclusión de que la guerra y la violencia eran decisivas en el mundo. La burguesía —no toda, pero sí partes considerables de ella— se adhirió a esta tendencia. En la medida en la que la guerra era un oficio para la nobleza, una cosa que se sabía hacer, aquellas partes de la burguesía que se asimilaron hasta cierto punto a la nobleza, adoptaron una actitud romántica frente a la violencia y al poder. Si se tienen en cuenta los libros y, especialmente, las novelas de la época guillermina, los duelos, las corporaciones estudiantiles, el resplandor de los

uniformes burgueses, se consigue una imagen muy clara de esta adoración romántica de la violencia, que, curiosamente, encontró su expresión filosófica más pregnante en Nietzsche. Nietzsche, aún manteniendo una actitud muy crítica, en el fondo en su «voluntad de poder» viene a decir lo que era entonces de una manera menos filosófica el lugar común de partes importantes de la burguesía. Quizás quede más claro lo que quiero decir dando un ejemplo.

Les voy a citar un pequeño extracto de una novela por entregas de Walter Blüm, *El pueblo contra el pueblo*, en la que presenta a sus lectores y lectoras esta, una vez más, maravillosa experiencia de la guerra de los setenta. En ella se puede leer, entre otras cosas: «Los *frontirieurs* corrieron a vida o muerte. Uno tropezó. Un segundo más tarde Georg disparó desde un lado y, a continuación, golpeó. Se hizo presos a los *frontirieurs*, se les ató y se les llevó con los caballos a paso rápido. Les golpeábamos en la nuca, les tratamos a patadas.» Y al final viene la frase: «también a la hembra le dimos lo suyo». Hace mucho que no se hacía distinción alguna entre el ser humano y el ganado; un enemigo preso no era otra cosa que una bestia salvaje y malvada. Esta descripción en una novela por entregas muestra claramente que se esperaba que un público bastante amplio compartiese esta actitud. Pues bien, fue con este estado de ánimo con el que la gente fue a la guerra de 1914. Yo mismo lo viví. Y aquí les quiero leer otra cita: «¡Bravo! —escribió a su casa un joven estudiante de derecho que murió un mes más tarde a las orillas del Marne—, por fin vamos a la guerra. ¡Naturalmente, ganaremos! No hay otra posibilidad para hombres que están tan dispuestos a ganar la guerra. Querida familia, estad muy orgullosos de vivir en tal época y en tal Nación, y también de tener el privilegio de enviar a los que queréis a una batalla tan gloriosa.»

Como todos ustedes saben, en aquella época se produjo una matanza terrible, especialmente entre los jóvenes voluntarios de guerra; los mejores y más inteligentes de la generación joven murieron entonces en esta misión. Pero en la rememoración de la guerra hubo opiniones muy diversas. Hubo quien intentó presentar la guerra como algo intrínsecamente reprobable, como, por ejemplo, Remarque. Frente a estos, entre aquellos que hicieron de la guerra algo bello, algo maravilloso, estaba Ernst Jünger. Recuerdo exactamente cuando leí por primera vez, horrorizado, el libro *En las tempestades de acero*. Un libro brillante —visto desde lo estrictamente literario, se lo recomiendo—, pero en él está descrita qué emoción tan maravillosa siente uno al atacar al enemigo con el corazón lleno de ira, al matarlo casi como embriagado.

Esto es, entonces, lo maravilloso de la guerra, y es significativo que aquí ya no se trate del *ethos* guerrero normal en la nobleza, que lo había ejercido durante siglos, sino de miembros de la burguesía como Ernst Jünger, que mitificaron la violencia y el delirio de la violencia.

Todos ustedes saben lo que pasó entonces. Permítanme, sin embargo, añadir unas palabras más. Añadiré algo sobre lo que pasó al finalizar la guerra. Si queremos hablar sobre los terroristas de la República Federal de Alemania hoy, me parece que, entonces, también hay que hablar sobre los terroristas de la

República de Weimar. Ya que exactamente a través de tal comparación, precisamente, de la amenaza que pesó sobre la elevada conquista civilizatoria de la República de Weimar, se puede resaltar ésta y ver —haciendo algo que no ha recibido atención muy frecuente en la historiografía— en qué medida surgieron ya aquí, muy temprano, organizaciones equivalentes a nuestras organizaciones terroristas. Todos ustedes saben que en el período transcurrido entre 1918-19 y 23 fueron asesinados aproximadamente —no se puede saber a ciencia cierta— medio centenar de personas, de la misma manera en que podría suceder hoy día. Entre ellos se encuentran no sólo comunistas como Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, o como un compañero mío de clase, Bernhard Schotländer, que fue encontrado envuelto en alambre de púas en la fosa de la ciudad de Breslau. También asesinaron, entre otros, a Garais, un diputado bávaro, o a Erzberger. Y aquí viene a colación la descripción del asesinato de Erzberger, quien fue interceptado por sus asesinos cuando paseaba por la Selva Negra con las palabras: «¿Es usted Erzberger?» Cuando él dijo que sí, ellos sacaron las pistolas y él levantó su paraguas para protegerse; le dispararon hasta que hubo muerto.

Los asesinos volvieron entonces a la organización de la que procedían, la Organización Konsul OC, una escisión de la brigada Erhard. Allí les dieron pasaportes —es probable que fuese la misma policía bávara la que se los diera— y pudieron huir al extranjero.

En aquella época se trató de un terrorismo de derechas que se reclutó en buena parte del Cuerpo de Voluntarios. Sobre éste tendré que detenerme un poco. Porque no se puede entender del todo este terrorismo si uno no se pone un poco en la situación de entonces.

En aquel tiempo los terroristas eran agrupaciones sólo de hombres. Y, respecto a hoy día, a mí me parece algo muy sorprendente, algo completamente nuevo, que haya también mujeres terroristas, que se haya producido un gran cambio en la situación y en la estructura de las mujeres, y que las mujeres sean capaces de ejercer la violencia y de servirse de la violencia. ¡Y esto no sólo como individuos, sino como grupos enteros! Yo diría que es imposible entender la problemática de la que hoy trato aquí —en ambos casos: tanto del terrorismo de derechas como del de izquierdas— si no se considera que en los dos casos estamos ante una generación joven de individuos burgueses. Esto es lo sorprendente: sean de derechas o sean de izquierdas, los terroristas se reclutan, tanto en aquel entonces como hoy día —salvo en muy contadas excepciones—, no entre la clase obrera, sino entre la burguesía. Y esto, al mismo tiempo, es natural. Aunque yo no pueda explicarlo todo aquí, quisiera por lo menos aclarar la problemática un poco. Este es entonces el problema. Y quizás se puede entender mejor el problema de cómo y por qué los seres humanos en un estado pacífico tienden a los actos violentos si añado algo sobre el cuerpo de voluntarios.

Los Cuerpos de Voluntarios fueron, naturalmente, al mismo tiempo un receptáculo de los antiguos oficiales que volvieron de la guerra; es decir, la

mayoría del Cuerpo de Voluntarios eran personas nacidas en la década de los noventa del siglo pasado. Aparte, hubo una nueva generación que se unió a ellos. Como ya dije, eran todos burgueses; eso sí, con algunos líderes de la nobleza como el general Von Glotz, pero la mayoría eran personas de orígenes burgueses. No les acogieron en el ejército del Reich: éste contaba entre sus mandos con oficiales antiguos, en buena parte nobles, que no tenían interés ninguno en acoger a las masas —algo salvajes— que volvían de la guerra. El ejército ayudaba cuando la situación lo requería, pero, por otro lado, mantenía al Cuerpo de Voluntarios a distancia.

La situación de los hombres de los Cuerpos de Voluntarios era, con mucha frecuencia, desesperada: se trataba de jóvenes sin ninguna perspectiva de futuro. Su única esperanza era que Alemania pudiese rearmarse y que, entonces, hubiese un ejército más grande al que poder incorporarse. Mientras tanto, lucharon lo mejor que pudieron en la frontera polaca, pero sobre todo en los Países Bálticos.

Aquí nos topamos con algo que se repite siempre, una y otra vez. En una situación así, los jóvenes necesitan básicamente por lo menos tres cosas; quisiera nombrarlas brevemente. Necesitan perspectivas de futuro; necesitan un grupo de personas de la misma edad, un grupo que les ofrezca una cierta sensación de pertenencia en un mundo en el que las diferencias entre las distintas generaciones son muy grandes —ya en aquel entonces se habían agravado, y hoy son aún más graves—; y, en tercer lugar, necesitan un ideal, una meta que dé sentido a su vida y, aún más, que sea superior a la propia vida.

Para la mayoría de los miembros del Cuerpo de Voluntarios, con el derrumbamiento de Alemania se había perdido exactamente eso que para ellos constituía el fin último, una tarea con un sentido muy superior al de la propia vida. Y así es como sucedía algo muy curioso, que rige también para los terroristas de hoy día: no se confesaban tales. Soñaban, soñaban todo lo que no había ocurrido: no hubo ninguna derrota, se nos ha traicionado y hemos de intentar que nos sea reparado el daño de esa traición. Es decir: intentaron eliminar a la gente que firmó el tratado de Versalles. Erzberger ha sido uno de ellos y, por lo tanto, hay que asesinarlo. También Walter Rathenow pertenecía a ese grupo de personas odiadas. «Maldito cerdo judío», le cantaban hasta que lo mataron.

Aquí, detrás de estas groserías, para las cuales —como ya dije antes— existía una tradición, lo que tenemos es desesperación. Y en su desesperación fueron, algunos, a la cuenca del Ruhr, cuando hizo falta, y, otros, a los Países Bálticos. Acerca de los Países Bálticos quisiera decir algunas cosas porque esto ha sido lo más conocido. A lo mejor puedo hacerlo de la mejor manera remitiéndoles al libro de Ernst von Salomon *Los patriotas*. Se trata de una semblanza algo romántica, pero sin embargo realmente impresionante por su realismo, de la situación en los Países Bálticos. Y también de las metas de esa generación.

Les voy a relatar un pequeño episodio. Están —todos del cuerpo de voluntarios, todos líderes autoelegidos—, por lo tanto, en el Báltico, y él, Ernst von

Salomon, nos habla de sus vivencias en un Cuerpo de Voluntarios de Hamburgo bajo el mando de un tal teniente Wuth*. Así nos describe la escena: está sentado con el teniente Wuth en un cuarto oscurecido ya por el humo del tabaco, y todos ellos sueñan en voz alta con lo que quieren hacer. Y el teniente Wuth habla de lo que de verdad le gustaría hacer: quiere una finca, quiere comprarse una granja en los Países Bálticos y construir en ella un aserradero. Es decir, uno no necesita, uno no quiere, ser oficial durante toda su vida; uno quiere tener una familia, una existencia: aquí se ve esto escrito muy concretamente. Esta aventura romántica de los Países Bálticos tenía al mismo tiempo la función de encontrar tierra de la que se podía tomar posesión. No importaba que esa tierra perteneciese en realidad a los letones; importaba únicamente que se poseía al conquistarla. Entonces —él describe la escena— se abrió la puerta y entró otro teniente, que dijo: Alemania ha firmado el tratado de paz.

Se hizo entonces silencio en el cuarto. Por un momento no se oyó más que la respiración entrecortada de los presentes, y entonces Schlageter —a lo mejor se acuerdan ustedes del nombre: fue un héroe de los nazis al que fusilarían más tarde los franceses— se levantó de golpe; se levantó con un odio frío en la cara, y dijo: «¿Y a nosotros qué nos importa eso?», y salió de la habitación. Y, en ese preciso momento —también lo describe Ernst von Salomon—, todos sentimos que todo eso no nos incumbía; pero entonces nos embargó un sentimiento absoluto de abandono: era como si nuestro país nos hubiese dejado solos.

Estamos ante un proceso muy singular. Esta identificación con el propio país, como tarea o como sentido, era muy intensa. Y, entonces, de golpe, este sentimiento de abandono cuando se firma el Tratado de Versalles. Ahí estaban: todo se había perdido; el aserradero, la finca... todo estaba irremediabilmente perdido. Siguieron luchando; el gobierno les hizo volver, pero se amotinaron —aunque no usaban esta expresión—, no obedecieron las órdenes; «¡con este gobierno no tenemos nada que ver!». Se puede ver el paralelismo. También los terroristas de hoy tienen una expresión para ello: abandonan la sociedad. En esto se ve que los jóvenes se retiran decepcionados de la sociedad, que dejan de obedecer sus leyes. ¡Estas leyes no son para nosotros! La misma expresión la utiliza Ernst von Salomon en este momento: ¡somos libres! Nada tenemos que ver con todo esto.

Una tras otra sucedieron entonces cosas horribles: lucharon con todas sus fuerzas contra los bolcheviques —los grandes enemigos—, contra los letones —a los que en realidad pertenecía el país—. Ocurrió, entonces, que poco a poco les hicieron retroceder, ya que los ingleses también enviaron a su ejército. Es decir, sufrieron la derrota de Alemania en el año 1918. Sufrieron la derrota de los Países Bálticos. Tuvieron que retroceder, les hicieron retroceder por la fuerza; sus compañeros murieron a su lado, y de todo el batallón sobrevivieron muy pocos. Y en esta retirada prorrumpen en una ola de violencia. Salomon lo describe —pero también lo han documentado otros—. Tenemos muchas otras

* *Nota de los traductores:* *Wut* significa, en alemán, ira.

pruebas de lo mismo. El lo describe con palabras que quizás debiéramos reproducir aquí; dice: «Sí, dimos el último golpe, nos levantamos una vez más y avanzamos a todo lo largo ahuyentando una vez más a los letones, y, entonces, cuando, a pesar de todo, nos hicieron volver, nos convertimos en unos salvajes. Redujimos las casas a cenizas, cortamos los postes de telégrafos, arrojamos los cadáveres a las fuentes para envenenar sus aguas, golpeamos y matamos a todo ser que cayó en nuestras manos, quemamos todo lo que pudiese arder. ¡Enloquecimos! No teníamos nada de sentimientos humanos. Enfurecidos, quemamos todo a nuestro paso.» Pues bien, no fue sólo esta brigada de Hamburgo: lo mismo ocurrió también en otras brigadas. En sus retiradas lo quemaron todo. La prensa de Alemania lanzó gritos contra estos cuerpos de voluntarios y, poco a poco —y esto, naturalmente, es característico—, la prensa empezó a mirar de reojo a esos cuerpos de voluntarios; empezaron a tener mala prensa. Se convirtieron en proscritos. El segundo gran capítulo del libro de Von Salomon es «Los Proscritos», y el tercero: «Los Criminales». Aquí se muestra claramente y desde dentro que la desesperación por el arrebatamiento de algo es la madre de la violencia. También se ve la caída vertiginosa en la falta de sentido. Se les quita lo que tenía sentido para ellos, su futuro está cerrado; la violencia es una forma de escapar de la sociedad de la República de Weimar, es su respuesta. En este caso la diferencia es que, sin embargo, tenían las simpatías ocultas de grandes partes de la sociedad alemana. Si no tenían otra salida, se les empleaba de trabajadores agrícolas en granjas de Pomerania; naturalmente, esto suponía un desclasamiento, pero uno ganaba dinero, no les hacía falta —como a los terroristas actuales— robar bancos porque en cierta medida existían otras fuentes de ingresos. También acometieron empresas varias, pero aquí —sin duda alguna— empezó una brutalización: se romantizaba y glorificaba la brutalidad. Y muchos de los guerrilleros pasaron directamente —tan pronto como pudieron— al lado de Hitler. Alguien dijo, con toda la razón, que sin la ayuda de estos soldados avezados Hitler no hubiera sido capaz de cimentar su dominio.

Es decir: la decepción, la falta de sentido, la carencia de un futuro, el enramamiento en el sueño del que les acabo de hablar —aunque no lo suficientemente—, este sueño de que Alemania en realidad no fue vencida, el dictado impuesto por los aliados. No nos hemos detenido a pensar que Alemania —en caso de que hubiese sido el vencedor— también habría impuesto sus dictados: y los planes al respecto existían.

La incapacidad de ver al otro lado es una característica típica de los terroristas. Uno está completamente sumergido en su propio sueño. En este caso el sueño se convirtió por poco tiempo en realidad, pero solamente por poco tiempo: considerado a largo plazo, resultó ser sólo un sueño.

Y los terroristas de nuestros días me parece que también seguían a una época de profunda desilusión. En los años sesenta floreció un movimiento marxista que, en lo esencial, no era violento. Hubo el emerger rápido y ligero del movimiento estudiantil del año 68, y el terrorismo empezó en el momento

en el que resultó ser sólo un sueño; en este caso, no el sueño de conseguir una victoria, sino el sueño de hacer una revolución. Un sueño no se abandona tan fácilmente: sigue existiendo, uno está ligado al sueño. Hay que intentar realizar el sueño mediante la violencia, ya que es imposible realizarlo con medios pacíficos. No se puede emocionar a esta sórdida República de otra manera más que intimidándola —exactamente tal como sucedió en el caso anterior—. Incluso se podría decir que los terroristas actúan un poco como aquel excursionista que ve a dos gigantes dormidos bajo un árbol y que, tras subirse a un árbol, empieza a lanzar una piedra tras otra a uno de ellos, hasta que los dos andan a la greña. Realmente es un éxito para los terroristas el conseguir que crezca el caos, que aumente la ira de unos contra otros en la República Federal: esto es lo importante. Igual que en épocas anteriores fue importante para los terroristas acabar con la República de Weimar. Esta es otra historia que está todavía por escribir: la desmembración desde dentro, debido a la quiebra del monopolio de violencia, en la República de Weimar. Si tuviese más tiempo, podría contar mucho sobre la consecución del monopolio de violencia de aquella época, en la que el gobierno realmente no tenía el ejército en sus manos, en la que el gobierno no tenía ningún monopolio de la violencia —o solamente un monopolio de la violencia policial muy limitado—; una época, en definitiva, en la que el monopolio de la violencia se lo repartían las asociaciones ilegales, por un lado, y, por el otro, el activo y autónomo ejército del Reich. Es decir, estamos ante un gobierno que no podía controlar el monopolio de la violencia; y, en el fondo, la República de Weimar pereció exactamente debido a esta fractura desde dentro acarreada por el crecimiento de ejércitos privados de la derecha y de la izquierda.

Hoy día la cosa parece ser de otra manera. Pero, de todos modos, no se puede entender lo que ocurre sin preguntarse si, hasta cierto punto, no está sucediendo en la sociedad actual lo que intenté reflejar respecto a los terroristas de la República de Weimar: la repentina falta de sentido. El futuro de muchos jóvenes, especialmente de los jóvenes burgueses, está amenazado; no tienen futuro ninguno y se encuentran en una situación en la que se está cortando por completo la oportunidad de llevar una vida con algún sentido. Esto se nos muestra palmariamente en las confesiones del ex terrorista Speitel publicadas en el semanario *Spiegel*, donde dice claramente: uno de los factores más difíciles que nos condujo por esta vía fue el peligro del desclasamiento, del descenso a otra clase social. Y, si ustedes quieren, esto es un poco un diagnóstico sociológico.

La cuestión es: ¿realmente tiene uno que acercarse —hasta cierto punto— armado solamente con emociones fuertes al problema del terrorismo? Basándose en un diagnóstico social muy claro, ¿no sería posible hacer ver que no se trata solamente de la culpa de alguna gente en particular, que no sólo «los que escriben libros» en las universidades tienen la responsabilidad de que existan los terroristas, sino que se trata de algo dentro de la estructura de la sociedad que se manifiesta en tales actos violentos y en el escapismo de la sociedad? Esta

es, entonces, la cuestión. ¿No se podría hacer más para procurar que se amplíen las posibilidades de una vida que tenga algún sentido para los jóvenes, para las personas de la generación más joven? Con horror me puedo imaginar cuál va a ser el futuro de este Estado si continúa como hasta ahora el paro juvenil. ¿No se podría hacer más, y dejar de reaccionar ante este tipo de problemas siempre de manera emocional —reacción que es, por otra parte, demasiado comprensible—? ¿No se podrían crear instituciones para evitar que los terroristas se recluten siempre de nuevo?

Justamente, una condición para ello sería un estudio sociológico detallado de las condiciones bajo las cuales ganan nuevos adeptos para su causa. Hace ya mucho que dejó de existir la generación de terroristas que estaba fuertemente motivada por la política. Esta gente también vivía profundamente sumergida en un sueño imperturbable por la realidad, o apenas perturbable —esto lo explica también Speitel claramente—. El es uno de los pocos que lo expresan claramente: estábamos enredados en nuestras ilusiones, y, de repente, la realidad nos propinó una bofetada. Sin embargo, muchos no sintieron la bofetada. Muchos siguen viviendo en su sueño que ya no tiene motivos de fuerte raigambre política. El lenguaje sigue siendo el mismo, pero la primera generación de marxistas ha desaparecido ya hace mucho. Los líderes se suicidaron en Stammheim, y ahora han surgido nuevas generaciones. Speitel describe también esto muy claramente: al tener que estar tumbados en el colchón con nuestro porro por tiempo más que suficiente, nos aburríamos y, sencillamente, queríamos hacer algo.

He abordado aquí un tema algo complicado, pero, precisamente cuando se es sociólogo se tiene que asumir la labor de sacar del fragor de la lucha problemas que son de difícil planteamiento debido a su base en divergencias de tinte fuertemente emocional. Y, además, se tiene que hacer un diagnóstico para ver si, quizás, se puede hacer algo al respecto.